



ACTO CUARTO

Una habitación baja, toda blanca, sencilla, con dos paredes—que forman ángulo—casi enteramente abiertas a la luz por un doble orden de ventanas a modo de invernadero. Los "stores" están alzados; a través de los cristales se ven los laureles, los tamarindos, los juncos, los pinos, la arena de oro llena de algas, el mar en calma cubierto de velas latinas, la desembocadura del Arno, y más allá del río, la mancha salvaje del Gombo, las cascadas de San Rossore, las lejanas montañas de Carrara marífera... En la tercera pared, una puerta que conduce al interior. A un lado de la puerta, sobre una consola, la dama del ramillete, la célebre figura de Andrea de Verrocchio, huésped nueva, venida de la otra casa como una compañía fiel; la de las bellas manos, que parecen intactas, unidas graciosamente hacia el corazón: Al otro lado hay un viejo clavicordio, del tiempo de Elisa Baciocchi, duquesa de Luca, con la caja de madera oscura incrustada de madera clara, sostenido por pequeñas cariátides doradas estilo Imperio, y los cuatro pedales reunidos en forma de cetro. Es una tarde de septiembre. La sonrisa del estío moribundo parece encantar toda la casa. En la estancia solitaria se siente la presencia del alma musical que duerme en el fondo del instrumento abandonado, como si también las cuerdas encerradas fuesen tocadas con el mismo ritmo de medida que el mar vecino.

ESCENA PRIMERA

SILVIA SETTALA aparece sobre el umbral, viniendo del interior; se detiene, da algunos pasos hacia las vidrieras, mira la lontananza y después en torno de sí, con ojos infinitamente tristes. Falta en

sus movimientos alguna cosa que suscita una imagen vaga de alas cortadas, que da el sentimiento vago de una fuerza humillada, de una nobleza envilecida, de una armonía rota. Viste un traje ceniciento, por cuyo extremo corre una orla negra, como un hilo de luto. Las largas mangas le esconden los muñones, que ella extiende a los flancos, y a veces apoya contra los senos como para esconderlos en los pliegues, en un movimiento doloroso de pudor. Fuera, entre los altos laureles, aparece una figura femenina—LA SIRENETTA,—que semeja un hada y una pordiosera, en acción de espiar. Se insinúa hacia las vidrieras con paso furtivo, recogiendo con una mano el extremo de su delantal, relleno de algas, de conchas y de estrellas marinas.

SILVIA (Reconociéndola y yendo a su encuentro, con una imprevista sonrisa espontánea.) ¡Oh, la Sirenetta!
¡Ven acá, ven acá!

SIRENETTA (Avanzando hacia los cristales.) ¿Me reconoces?
(Permanece fuera, de modo que su figura aparezca tras la lucidez de los cristales, los cuales parecen continuar en torno de ella el trémulo brillo rumoroso e incansante de las aguas. Es joven, sutil, flexible. Tiene los cabellos fulvos y enmarañados; el rostro, de un color de oro oleoso, los dientes blancos, los ojos húmedos y glaucos, el cuello ágil y largo, orlado de un collar de conchas; y en toda su figura, algo indeciblemente fresco y móvil, que hace pensar en una criatura impregnada en sales marinas, emergente de la movilidad de los flujos, salida de los escondrijos de un escollo. Su falda, de lino blanco y turquí, lavada y descolorida, descende poco más abajo de las rodillas, dejando al descubierto las piernas desnudas. Su delantal, azuloso, huele a algas y a salitre, y sus pies descalzos, a pesar del color moreno que les ha dañado el sol, son singularmente pálidos como las raíces de la planta acuática.) ¿Me reconoces, bella señora?

SILVIA Te reconozco, te reconozco.

SIRENETTA ¿Me reconoces? ¿Quién soy yo?

SILVIA ¿No eres la Sirenetta?

SIRENETTA Sí, me has reconocido. ¿Cuánto tiempo hace que has llegado?

SILVIA Hace poco.

SIRENETTA ¿Permanecerás aquí?

SILVIA Mucho tiempo todavía.

SIRENETTA ¿Hasta el invierno quizás?
 SILVIA Quizás.
 SIRENETTA ¿Y tu hija?
 SILVIA Hoy la espero. Vendrá.
 SIRENETTA ¡Beata! ¿No se llama Beata?
 SILVIA Beata, sí.
 SIRENETTA ¿Tú le has puesto ese nombre? Beata, no: Beatriz. Cuando ella estaba aquí, quería que le trajese todos los días estrellas, estrellas del mar. ¿Te lo ha dicho?
 SILVIA Sí me lo ha dicho. Se acuerda mucho de ti. Te quiere bien.
 SIRENETTA ¿Me quiere bien? Lo sé. Me daba todos los días su pan.
 SILVIA Lo tendrás todos los días, si quieres. Pan y merienda, Sirenetta, mañana y tarde, cuando te plazca. ¿Recordarás?
 SIRENETTA Mañana y tarde te traeré una estrella. ¿No quieres una? ¿Una muy bella? ¿Mas grande que una mano? (Silvia Settala, turbada, por un movimiento instintivo, se oculta las manos.)
 SILVIA No, no; resérvasela a Beata.
 SIRENETTA (Atónita.) ¿No la quieres?
 SILVIA Dime mejor lo que has hecho de tu vida; dime lo que haces todos los días. ¿Es verdad que tú hablas con las sirenas del mar? Dime, cuenta, Sirenetta.
 SIRENETTA Eramos siete hermanas. Nos mirábamos a las fontanas: todas éramos bellas.
 —Flor de junco no hace pan, mora de mancha no hace vino, hilo de hierba no hace paño fino—
 la madre dijo a las hermanas.
 Nos mirábamos a las fontanas: todas éramos bellas.
 La primera para hilar quería el huso de oro; la segunda para tejer quería telares de oro; la tercera para coser quería agujas de oro;

la cuarta para embriagarse quería copas de oro; la quinta para dormir quería sábanas de oro; la sexta para soñar quería sueños de oro; la última para cantar, para cantar solamente... y no quería nada...
 (Se ríe, con una breve risa nítida que parece tintinear sobre sus dientes espléndidos.)
 ¿Te gusta esta historia?
 SILVIA (Preso de la gracia de aquella sencillez.) ¿Se ha acabado ya? ¿Por qué no sigues?
 SIRENETTA Si tú te sientas aquí, yo te adormeceré, como adormecía a tu hija sobre la arena. ¿No tienes sueño, a esta hora? Es bueno el sueño de septiembre.
 Septiembre, desde la altura, trae al llano la frescutura y al estío la sepultura.
 Amén.
 SILVIA No. Sigue tu historia.
 SIRENETTA La oliva se torna oscura, la aceituna se madura: óleo y llanto en la llanura.
 Amén.
 SILVIA Sigue tu historia, Sirenetta.
 SIRENETTA ¿Dónde nos quedamos?
 SILVIA «Y no quería nada.» (Una pausa.)
 SIRENETTA Ah, sí.
 —Flor de junco no hace pan, mora de mancha no hace vino, hilo de hierba no hace paño fino—
 la madre dijo a las hermanas.
 Nos mirábamos a las fontanas todas éramos bellas.
 Y la primera hiló torciendo su huso y su corazón, y la segunda tejió una tela de dolor, y la tercera cosió

una camisa atosigada,
y la cuarta se embriagó
con un vino envenenado,
y la quinta se durmió
en el lecho de la muerte,
y la sexta soñó
en los brazos de la muerte.

Llora la madre doliente,
llora su mala suerte.
Mas la última que cantó,
por cantar, por cantar,
por cantar solamente,
tuvo bella la suerte.

Las sirenas de los mares
la tomaron por hermana. *(Una pausa.)*

SILVIA ¿Luego es verdad que tú hablas con las sirenas?

SIRENETTA *(Poniéndole el índice sobre la boca.)* ¡No me preguntes!

SILVIA ¿Es verdad que nadie sabe dónde duermes por la noche?

SIRENETTA *(Con el mismo gesto.)* No preguntes.

SILVIA ¿Quieres que yo te dé lecho en mi casa?

SIRENETTA *(Mirándola al rostro, como si no hubiese oído la oferta.)* Tienes los ojos afligidos. Antes no sabía por qué me ponía triste cuando me mirabas. Ahora lo veo: hay en tus ojos un gran dolor. Alguien te se ha muerto.

SILVIA ¡Tú sólo me consolarás!

SIRENETTA ¿Quién te se ha muerto?

SILVIA No preguntes.

SIRENETTA Ahora te veo bien: tú no eres ya aquélla. Pienso en una pobre golondrina que vi en septiembre pasado: había perdido las plumas maestras y estaba próxima a anegarse en el mar. ¿Qué te han hecho? Alguna cosa mala te ha ocurrido.

SILVIA No preguntes. *(Instintivamente esconde en los pliegues de la bata sus muñones, con un movimiento doloroso que no se escapa a la intuición de la criatura encantadora. La cual, de improviso, como en un des-*

pertar, deja caer su delantal de tal modo, que el pequeño tesoro cae y se esparce sobre el suelo.)

SIRENETTA *(Inclinándose y cogiéndolo.)* ¿Quieres una estrella? ¿Una muy bella? ¿Más grande que una mano? ¡Mira! *(Le muestra a la mutilada una grande de cinco estrías.)* ¡Cógela! Te la doy... *(La mutilada mueve la cabeza en señal de negación, cerrando los labios como para deshacer así el nudo que le oprime la garganta.)* ¿No puedes? ¿Tienes las manos enfermas, delicadas? *(La mutilada asiente con la cabeza. Las palabras de la otra se hacen trémulas de piedad.)* ¿Te se han caído en el fuego? ¿Te se han quemado? ¿Te duelen aún o están ya para sanar?

SILVIA *(Con una voz apenas oíble.)* Ya no las tengo.

SIRENETTA *(Levantándose adolecida.)* ¡Ya no las tienes! ¿Te las han cortado? ¿Estás manca?

(La mutilada, espantosamente pálida, asiente con la cabeza. La otra retrocede de horror.) ¡No, no es verdad! *(Tiene los ojos fijos en los pliegues del vestido donde la mutilada esconde sus muñones.)* Dime que no es verdad.

SILVIA No las tengo ya.

SIRENETTA ¿Por qué? ¿Por qué?

SILVIA ¡No preguntes!

SIRENETTA ¡Ah, qué crueldad!

SILVIA Las he regalado.

SIRENETTA ¿Las has regalado? ¿A quién?

SILVIA A mi amor.

SIRENETTA ¡Ah, qué cruel amor! ¡Qué bellas eran!

¡Qué bellas eran! ¿Crees que no las recuerdo? Te las he besado; ¡tantas veces te las he besado con esta boca! Me daban pan, granadas, tazas de leche... Eran bellas como si te las hubiese hecho el alba con su aliento, blancas como las flores del jazmín, más finas que los encajes que hace el viento en la arena; se movían como el sol en el agua; hablaban mejor que la lengua y que las pupilas; aquello que decían era como una palabra benigna, y al tocar una cosa, la cosa en-

tera se convertía en oro. Las recuerdo aún, las veo, las veo. Una día jugaban en la arena suave; la arena pasaba entre los dedos como por un canal, y parecía complacida en el juego; y Beata las miraba y reía, y yo, que también las miraba, sentía el mismo placer. Un día partieron una naranja, la hicieron muchos gajos: a mí me tocó uno, y era dulce como el almíbar. Una tarde se metieron en la media de la pequeña, que lloraba porque había pisado un espino, y el dolor súbito cesó y la pequeña se lanzó a correr por la ribera. Un día jugaban con aquellos bellos rizos, y de cada rizo hacían un anillo para cada dedo; los deshacían y después volvían a comenzar, y Beata se adormeció con el rocío en la boca...

SILVIA (Sofocadamente.) ¡No digas más! ¡No digas más!

SIRENETTA ¡Oh, qué cruel amor! (Una pausa. Queda pensativa.) ¿Y dónde están? Lejos de ti, solas, en el fondo de la tierra... ¿Las han sepultado? ¿Dónde? ¿En un jardín? (Una pausa. La mutilada tiene los párpados cerrados y apoya la cabeza en el cristal, donde se refleja el tremolar del mar.) ¿Has visto cómo se las llevaban? ¡Qué blancas eran! ¡Las has conservado en un bálsamo fuerte! ¿Y los anillos? ¿Con todos los anillos? ¿No tenían uno con una piedra verde, y uno con tres perlas, y otro cincelado de oro y de hierro, y uno liso, un ceñidor luciente, sólo en el anular? (Pausa. Una expresión indefinible aparece sobre el rostro de la mutilada, mientras abandona los brazos a lo largo de los flancos.) ¿Qué piensas? ¿Las sueñas? Si te florecieran de repente... (La mutilada abre los ojos y se estremece como si despertara de improviso. Sus brazos tiemblan.) ¿Qué tienes?

SILVIA Es extraño; verdaderamente, algunas veces me parece verlas, me parece sentir

la sangre descender hasta la punta de los dedos. Cuando hablabas, las veía... ¡Eran aún más bellas, Sirenetta!

SIRENETTA ¿Más bellas?

SILVIA Tú me consolarás, Sirenetta. Yo no puedo coger tu estrella; mas puedo mirar tus ojos y oír tu voz. Estate junto a mí ahora que vuelvo a encontrarte. También yo te querré como a una hermana.

SIRENETTA ¡Quisiera darte mis manos si no fuesen tan ruines y oscuras!

SILVIA Son felices tus manos: tocan las hojas, las flores, la arena, las aguas, las piedras, los niños, los animales, todas las cosas inocentes. Eres feliz, Sirenetta. Tu alma nace todas las mañanas, y ora es pequeña como una perla, ora es grande como el mar. Tú nada sabes y lo sabes todo...

SIRENETTA (Volviéndose de repente e interrumpiéndola.) ¿Has sentido la bandada? ¡Mira, mira, cuántas golondrinas sobre el mar! Son más de mil: una nube viva. ¡Mírala cómo brillan! Ahora parten, van a un viaje, a una tierra distante: la sombra camina sobre el agua con ellas; algunas plumas caen; se hará la noche; encontrarán los barcos en alta mar; verán los faros; oirán los cantos de los marineros; y los marineros las mirarán pasar. Pasarán rozando las velas; alguna dudará y caerá sobre el puente rendida. Una noche, una nube de golondrinas cansadas se abalanzará sobre una barca como un paso de tordos sobre un árbol, y la cubrirá toda. Los marineros no las tocarán. No se moverán por no espantarlas; no hablarán, para dejarlas dormir. Y como se pararán también en el áncora y en la barra del timón, aquella noche la barca andará a la ventura, bajo la luna. Mas al alba... ¡Ah! ¿Quién te llama? (Interrumpe el sueño, oyendo una voz extraña entre los laureles y quiere huir.) ¡Adiós, adiós!

SILVIA (Ansiosamente.) Es mi hermana. No te vayas, Sirenetta. Permanece aquí a mi lado. Beata viene.

SIRENETTA ¡Adiós, adiós! Volveré. (Huye hacia el mar, perdiéndose en el azul y el sol.)

ESCENA II

Aparece entre los laureles FRANCISCA DONI seguida de LORENZO GADDI, el viejo.

FRANCIS. ¡Mira a quien te traigo!

SILVIA (Ansiosamente.) ¿Y Beata? ¿Y Beata?

FRANCIS. Vendrá dentro de poco. La he dejado con Faustina. Me he adelantado para que no la vieses así, de improviso.

SILVIA ¡Querido maestro, cómo os estoy agradecida! (El viejo hace el gesto instintivo de tenderle las manos. Ella se inclina ligeramente y le ofrece la frente, que él desflora con los labios.)

LORENZO (Disimulando su conmoción.) ¡Soy feliz al volver a veros, querida Silvia, ya levantada y sana! El mar os cura. El mar es, pues, siempre el gran consolador. Allá, en Forti de Marmi, os recordaba constantemente.

SILVIA No está muy lejos Forti de Marmi.

LORENZO (Indicándole los límites remotos.) Es allí, bajo Seravezza, del lado acá de Massa. (Miran por las vidrieras la lontananza.)

FRANCIS. ¡Qué bien se ven hoy las montañas de Carrara! Se pueden contar las cumbres, una por una. No recuerdo una tarde más límpida que ésta. ¿Quién había contigo, Silvia? ¿La Sirenetta? Me pareció verla huir hacia el mar. Es verdad; aquí están sus rastros: algas, conchas, estrellas marinas. (Indicando el tesoro pueril esparcido en el suelo.)

SILVIA Sí, estaba aquí antes.

LORENZO ¿Quién es la Sirenetta?

FRANCIS. Una jovencita loca que vaga errante.

SILVIA Una vidente, que posee el don del canto; una criatura de sueño y de verdad, que parece un espíritu del mar. La conoceréis y la amaréis como yo. Conociéndola, oyéndola hablar, se comprenden muchas cosas profundas. Ciertamente, os parecerá perfecta: ella da siempre y nunca pide nada.

LORENZO Se os parece en esto.

SILVIA A mí, no. Había yo querido y debido parecerme a ella en esto; mas la luz me faltó y cedí al engaño de la vida. ¡Qué ceguera! Tan ciega estaba, que por obtener algo llegué hasta a mentir; ¡yo!, y estoy manca, mutilada, por enmendar aquella mentira. Había tendido las manos con excesiva violencia hacia un bien que me vedó el destino. No me quejo, ni gimo. Porque deseaba vivir, vivo. Quizás un día mi alma se pacifique. Sentía nacer esta esperanza escuchando la voz de aquella criatura sencilla y cándida, que puede enseñarnos las cosas eternas. Me ha dicho que me traerá una estrella todas las mañanas. (Intenta sonreír. La hermana permanece junto a la vidriera y parece que intenta mirar las montañas, mas una sombra de tristeza se apodera de su dulce rostro.) Mirar allá, maestro, la dama del ramillete. Ha venido conmigo. Ahora, cuando la miro, tiene alguna cosa de fúnebre para mí. No he podido separarme de ella. ¿Recordáis, maestro, aquel día de abril? ¿Y de la cabeza enguinaldada?

LORENZO Recuerdo, recuerdo.

SILVIA ¡La vida nueva!

LORENZO En todas las cosas había un augurio.

SILVIA Cuando miro pasar los camellos cargados de fardos al otro lado del Arno, allá, en las manchas de Gombo, pienso en el arribo de Cosimo Dalbo, en la alegría de aquella tarde, en el amuleto que yo coloqué en medio de un manojo de rosas co-

gidas por Beata. (Se vuelve hacia la hermana.)
¡Oh, Francisca, yo hablo, y el corazón
entretanto palpita con tanta violencia, que
no resisto más! ¿Dónde está Beata?

FRANCIS. (Contraída por la pena.) ¿Quieres, pues, verla
ahora? ¿Serás fuerte?

SILVIA Sí; soy fuerte, sí. Estoy fuerte. La tar-
danza es peor.

FRANCIS. Ahora voy a traértela.

SILVIA (No pudiendo contener su ansiedad.) Espera un
minuto. ¿Permaneceréis con nosotros esta
noche, maestro? ¡Os lo agradecería tan-
to!...

LORENZO Sí, me quedo.

SILVIA Podemos hospedaros. Haré preparar
vuestra estancia. Espera, Francisca, un
momento. (Convulsivamente, no pudiendo ya do-
minar su angustia. Se va hacia la puerta, en la actitud
del que corre a esconder un llanto que no puede con-
tener.)

FRANCIS. ¿Quieres que yo vaya?

SILVIA (Con voz sofocada.) No, no. (Desaparece.)

FRANCIS. ¡Ah, qué maldición, qué maldición!
Cuando estaba en su lecho, bajo las col-
chas, mutilada y exangüe, todo el horror
del crimen se ocultaba. Mas ahora que
está en pie, que se mueve, que se mezcla
con las personas queridas, que vuelve a
adquirir los gestos y las actitudes que le
eran familiares... ¡Pensar, pensar!

LORENZO Sí, es una muerte demasiado horrible.
Recuerdo aún aquel día cuando me dijis-
teis tiernamente, mirándola a la luz de
abril: «¡Parece que tiene alas!» La be-
lleza y la ligereza de sus manos le daban
aquel aspecto de criatura alada. Había
en ella una especie de estremecimiento
incesante. Ahora parece que resbala...

FRANCIS. Y, además, ha sido un sacrificio inútil,
como los otros: no le ha valido de nada,
no ha mudado nada: ha sido una atroci-
dad de la suerte. Si Lucio hubiera perma-

necido a su lado, ella estaría contenta de
haberle podido dar esta última prueba,
de haberle podido hacer el sacrificio de
sus manos vivas. Mas ella conoce, ade-
más, toda la verdad, en toda su crude-
za... ¡Ah, qué infamia! ¿Habráis podi-
do jamás creer que Lucio fuese capaz de
tanto? Decir.

LORENZO También él tiene su sino y le obedece.
Como no fué señor de su muerte, tampo-
co es dueño de su vida. Lo vi ayer. Me ha-
bía escrito a Forte de Marmi rogándome
fuese a las canteras y le escogiera un blo-
que. Lo vi ayer en su estudio. Su rostro
está tan descarnado que parece devorar-
le el fuego de los ojos. Cuando habla se
excita extraordinariamente. Permanece
turbado. Labora, labora, labora, con una
furia terrible: quizás intenta substraerse
de ese modo a un pensamiento que le de-
vora.

FRANCIS. ¿La estatua está aún allá?

LORENZO Sí, está allí; sin brazos. No ha que-
rido restaurarla. Así, sobre el pedestal,
semeja verdaderamente un mármol anti-
guo desenterrado en alguna de las Cícla-
das. Tiene algo de sagrado, de trágico,
después de la divina inmolación.

FRANCIS. (En voz muy baja.) ¿Y aquella mujer, la Gio-
conda, estaba allí?

LORENZO Allí estaba, silenciosa. Siempre que la
miro y pienso que ella es la causa de tan-
to mal, no encuentro en mi corazón fuer-
zas para condenarla. No puedo, no pue-
do... Yo no he visto jamás en carne mor-
tal un misterio tan grande. (El viejo y la dul-
ce hermana permanecen durante algunos instantes pen-
sativos, con la cabeza baja.)

FRANCIS. (Suspirando, por la angustia que la oprime.) ¡Dios
mío! ¡Dios mío! ¡Y yo que tengo que
conducir a Beata a su madre! Se volve-
rán a ver después de tanto, y la pequeña

comprenderá la verdad, la horrible verdad... ¡Cómo ocultárselo a ella, que es tan viva y recuerda tanto las caricias de las manos maternas! La habéis visto, la habéis oído antes... (Silvia Settala reaparece en el umbral. Sus ojos están húmedos y toda ella contraída por un esfuerzo nervioso.)

SILVIA Aquí estoy, Francisca. Maestro, la estancia está preparada ya, por si queréis salir.

LORENZO (Acercándose a ella con la voz tremante, de conmoción.) ¡Valor! Es la última prueba. (Sale por la puerta. La mutilada avanza anhelante hacia la hermana.)

SILVIA Vé pronto, vé pronto. Tráemela. La espero aquí. (La hermana le ciñe con los brazos el cuello y la besa en silencio. Después sale por la parte del mar, alejándose rápidamente entre los laureles.)

ESCENA III

SILVIA SETTALA, anhelante, mira por entre los ramos, que el sol occíduo enciende. Es la hora estática. El día es más límpido que los cristales de la estancia blanca; el mar es suave como la flor del lino, tan inmóvil, que las largas imágenes de las velas reflejadas parecen tocar al fondo; el río semeja amar aquel gran reposo, perdiéndose en la onda serena de su paz; los bosques salubres, todos penetrados de un oro flúido, se aligeran maravillosamente, como si perdiesen las raíces y fuesen todo aromas; y los Alpes marmíferos, en lontananza, sigan en el cielo una línea de belleza, en la cual se revela el sueño que surge de aquel pueblo encerrado de estatuas adormecidas. Reaparece en el silencio LA SIRENETTA y se oye su voz pura.

SIRENETTA ¿Estás sola?

SILVIA (Fatigosa.) Sí, espéro.

SIRENETTA (Acercándosele.) ¿Has llorado?

SILVIA Sí, un poco.

SIRENETTA (Con infinita piedad.) Parece que has llorado un año. Tienes los ojos abrasados. Te duele demasiado el corazón.

SILVIA Calla. No puedo sujetarme al corazón. (Se deja caer sobre el tronco del laurel más próximo, convulsa, no pudiendo sostener más la impaciencia de la

espera.) ¡Ya viene, ya viene! (Se separa del tronco y pasa a la estancia como presa de un inmenso terror, como buscando un refugio.)

LA VOZ DE BEATA (Entre los laureles.) ¡Mamá! ¡Mamá!

¡Mamá! (La madre se sobresalta y se vuelve, espantosamente pálida.) ¡Mamá! (La hija se lanza hacia la madre con un grito de alegría, con el rostro todo encendido, los cabellos descompuestos, jadeante como después de una larga carrera, llevando en la mano un pequeño ramo de flores. Al abrazarse, el ramo se le cae. La mutilada se inclina hacia los pequeños brazos que le buscan el cuello y ofrece el rostro moribundo a los furiosos besos.)

SILVIA ¡Beata!

BEATA (Jadeante.) ¡Ah, cuánto he corrido, cuánto he corrido! Me he escapado, sola. He corrido, he corrido... No querían dejarme venir. ¡Ah, pero yo me he escapado con mi ramo de flores! (Cubre de nuevos besos el rostro materno.)

SILVIA Vienes regada de sol, estás toda encendida, ardes... ¡Dios mío! (En el ímpetu de su ternura está próxima a hacer el gesto instintivo de abrazarla; mas se detiene, escondiendo en los pliegues del vestido los muñones, y un escalofrío visible de horror la estremece.)

BEATA ¿Por qué no me abrazas? ¿Por qué no me estrechas? ¡Cógeme, cógeme, maimaita! (Se levanta en la punta de los pies para esperar el abrazo materno. La madre se retuerce desesperadamente.)

SILVIA ¡Beata!

BEATA (Sujetándola.) ¿No quieres? ¿No quieres?

SILVIA ¡Beata! (Intenta que se asome la risa a sus labios muertos en un gesto de dolor.)

BEATA ¿Tú juegas? ¿Qué escondes? ¡Oh, dame, dame lo que escondes!

SILVIA ¡Beata! ¡Beata!

BEATA Yo que te he traído flores, tantas flores. ¿Ves? ¿Ves? (Al volverse para coger el ramo caído, descubre a su salvaje amiga y la reconoce.) ¡Oh, la Sirenetta! ¿Está allá? (La Sire-

netta está allá, delante de los cristales, derecha, en pie, mudo testimonio, con los ojos fijos en la madre dolorosa. Como el soplo alterado del viento pasa por entre las ojas de un arbusto y las hace temblar, así el dolor de la madre parece investir y penetrar aquel ágil cuerpo, al cual el sol oblicuo ciñe sus bandas de oro.)

BEATA ¿Ves cuántas? Todas son para ti. (La pequeña recoge su ramo.) ¡Toma! (Lo arroja hacia la madre, que retrocede.)

SILVIA ¡Beata! ¡Beata!

BEATA ¿No las quieres? ¡Cógeme! ¡Súbeme!
¡Un abrazo!

SILVIA ¡Beata! (Cae de rodillas vencida del dolor, abatida como por un golpe muy fuerte, ante la hija apenada, y un raudal de llanto que mana de sus ojos como la sangre de una herida le inunda la faz.)

BEATA ¿Lloras? ¿Lloras? (Dolorida, se arroja contra el seno de la madre, con todas sus flores. La Sirenetta, caída también de rodillas, se inclina, y toca con la frente y con las palmas extendidas la tierra.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

